

*Las culturas de los nacionalismos franquistas**

Ismael Saz

Universitat de València

Resumen: El artículo desarrolla el supuesto de que en el franquismo confluyeron fundamentalmente dos culturas políticas: la nacionalcatólica, que tuvo como referente fundamental al grupo de Acción Española, y la fascista de FE-JONS. Se analizan los orígenes culturales de ambas, diversos y frecuentemente antagónicos. Se incide en el hecho de que ambas fueron decisivas para entender la configuración y evolución del régimen. Y se subraya que, más allá de la afirmación como hegemónica de una de ellas —la nacionalcatólica—, ambas siguieron presentes en las diversas permutaciones del régimen. Desde esta perspectiva, concluye el autor, la experiencia española, lejos de suponer una excepción en el marco europeo, permite considerar al régimen franquista como aquél en el que de modo más claro confluyeron, interactuaron y se enfrentaron de forma más continuada y sostenida los dos principales referentes de los nacionalismos antiliberales europeos de la primera mitad del siglo XX.

Palabras clave: franquismo, nacionalcatolicismo, fascismo, Falange, culturas políticas.

Abstract: This article develops the assumption that two essential political cultures came together in the construction process of Francoist regime: the national-catholic, which had the group of Acción Española as a point of reference, and the fascist of FE-JONS. The text analyses their diverse and often conflicting cultural origins. The main argument insists in the fact that these two political cultures were decisive to understand the configuration and evolution of the dictatorship. And it underlines that both exercised a

* Este trabajo forma parte del proyecto HUM2005-03741, financiado por la Dirección General de Investigación del Ministerio de Educación y Ciencia.

crucial leadership in the several adaptations of the Francoism beyond the affirmation that only one was hegemonic —the national-catholic—. From this perspective, the author concludes that the Spanish experience, far from being an exception in the European context, let us think the Franco's dictatorship as one in which the two main components of the anti-liberal European nationalisms of the first half of the Twentieth century came together in a clearer way, acted, and constantly stand face to face.

Keywords: Franco's dictatorship, national-catholicism, fascism, Spanish Falange, political cultures.

Parece indudable que, más allá de sus insuficiencias y carencias, el debate acerca de la naturaleza del franquismo ha constituido un poderoso factor para impulsar los estudios sobre el régimen. No obstante, y en la línea de las anotadas insuficiencias, hay una que merece resaltarse: la relativa a la ideología. En efecto, la afirmación de Juan José Linz de que en el franquismo no se daba una ideología sino una mentalidad terminaría por presentar en sus diversos desarrollos un panorama difuso y confuso en el que bien se indagaba poco en las características de dicha mentalidad, bien se terminaba por detectar la existencia de un sinnúmero de componentes de la misma¹. Pero en muchos de los enfoques alternativos se quiso detectar la existencia de *una* ideología en el franquismo —la nacionalcatólica, casi siempre—, la cual, precisamente por su carácter de ideología que no de mentalidad, permitiría definir el régimen como fascista. Ello aun cuando, con pocas excepciones, se reconocía que dicha ideología no era fascista².

De este modo, la paradoja estaba servida. De una parte, nos hallaríamos ante una especie de *totum revolutum* de mentalidades y com-

¹ Una buena visión de conjunto sobre el tratamiento de la cuestión de la *mentalidad* en las primeras fases del debate sobre la naturaleza del franquismo en TUSELL, J.: *La dictadura de Franco*, Madrid, Alianza Editorial, 1988, pp. 88 y ss.

² Para Raúl Morodo, por ejemplo, el franquismo era un régimen fascista cuya ideología no lo era; en línea con un sector de la historiografía italiana, Luciano Casali encontraba las raíces profundas del fascismo español en la Iglesia católica española. MORODO, R.: *Los orígenes ideológicos del franquismo: Acción Española*, Madrid, Alianza Editorial, 1985; CASALI, L.: «Il fascismo spagnolo», en CASALI, L. (ed.): *Per una definizione della dittatura franchista*, Milán, Franco Angeli, 1990, p. 22. Como ejemplo de los pocos que encuentran una clara correspondencia entre la naturaleza fascista del régimen y su ideología igualmente fascista —aunque con una fuerte presencia del tradicionalismo católico— debe citarse MOLINERO, C., e YSÀS, P.: *El règim franquista. Feixisme, modernització i consens*, Vic, 2003, pp. 47-48.

ponentes ideológicos y, de otra, ante un régimen fascista cuya ideología no era considerada generalmente como tal. Por supuesto, éstas eran las consecuencias de un debate que, girando casi obsesivamente acerca de si el régimen podía considerarse o no como fascista, terminaba por adoptar perfiles esencialmente nominalistas³. No hace falta mucha imaginación para detectar quiénes podían ser las «víctimas» de este tipo de enfoques y derivaciones.

La primera de ellas era el desvanecimiento de lo que era definidor en las ideologías que confluyeron en el franquismo, su nacionalismo. El franquismo era dictadura fascista o régimen autoritario, pero rara vez se le conceptualizaba como dictadura nacionalista⁴. La segunda «víctima» era, muy significativamente, la propia ideología fascista. Es decir, la presencia operativa y decisiva de esa ideología en un sector del régimen, el falangista, hasta el punto de que la imposición a través de un largo, complejo y conflictivo proceso del nacionalcatolicismo terminaría por retroproyectarse para dar por descontado que la ideología fascista desapareció muy pronto, casi desde el comienzo. La tercera «víctima», por último, serían las culturas del nacionalismo español desde las décadas interseculares hasta las del propio régimen franquista siempre que, fuese por la vía de la perentoria localización de una ideología franquista, digámoslo así, *in situ*, en el seno del régimen y en un momento dado, fuese por la de subsumir prácticamente todo en la secular trayectoria del nacionalcatolicismo⁵, aquella complejidad cultural terminara por evaporarse o casi.

Pues bien, lo que vamos a intentar poner de manifiesto en las páginas que siguen es que en el franquismo confluyeron, en lo fundamental, dos culturas políticas —la nacionalcatólica y la fascista—; que los orígenes culturales de ambas fueron en buena parte diversos

³ Entre las más recientes síntesis sobre la siempre compleja evolución de los debates, véanse especialmente MORADIELLOS, E.: *La España de Franco (1939-1975)*, Madrid, 2000, pp. 209-225, y MOLINERO, C., e YSÁS, P.: *El régimen franquista...*, *op. cit.*, pp. 37-52.

⁴ Lo que vale también para mi propia caracterización del franquismo como dictadura fascistizada, que no incide suficientemente en lo que aquél tenía de dictadura nacionalista. SAZ, I.: «El franquismo. ¿Régimen autoritario o dictadura fascista?», en TUSELL, J., *et al.*: *El régimen de Franco*, I, Madrid, UNED, 1993, pp. 189-201.

⁵ Es el caso de uno de los textos más brillantes sobre el nacionalcatolicismo español. En el cual, no obstante, termina por subsumirse el proyecto de los fascistas españoles en el interior de la ideología nacionalcatólica. BOTTI, A.: *Cielo y dinero. El nacionalcatolicismo en España (1881-1975)*, Madrid, Alianza Editorial, 1992, p. 147.

y hasta antagónicos; que ambas fueron decisivas para entender la propia configuración y evolución del régimen; y que, en fin, más allá de la afirmación hegemónica de una de ellas —la nacionalcatólica—, ambas siguieron presentes en sus distintas permutaciones en el seno del régimen.

Para hacerlo seguiremos el problema en cuatro fases o momentos. En primer lugar abordaremos la cuestión de los orígenes culturales de los nacionalismos antiliberales españoles hasta 1931. En segundo lugar, nos aproximaremos a la configuración como culturas políticas propiamente dichas de tales nacionalismos durante la Segunda República. Seguidamente, se estudiará el modo en que ambas se enfrentaron y articularon en los procesos iniciales de definición del régimen. Por último, se realizará una aproximación a la decisiva batalla político-cultural de los años 1948-1953.

En los orígenes culturales de los nacionalismos franquistas

Se podría afirmar, como punto de partida, que no hay nada de excepcional o absolutamente original desde una perspectiva europea en la emergencia de dos nacionalismos españoles de signo bien distinto en las décadas interseculares. Uno era de matriz nacionalcatólica, el de la esencialidad católica de España de Menéndez y Pelayo, y otro, el de regeneracionistas y noventayochistas en su sentido más amplio, se inscribía en principio en el marco de la cultura liberal. Hoy por hoy los conocemos bastante bien y no es éste el momento para profundizar en exceso en cualquiera de ellos. Sí conviene detenerse, no obstante, en algunas cuestiones sustanciales. En primer lugar, en ese común carácter nacionalista que hacía de la idea de decadencia y resurrección de la patria el núcleo de sus preocupaciones. En segundo lugar, en el distanciamiento de ambos de los fundamentos del nacionalismo liberal de la primera mitad del siglo XIX, aquel que había hecho de la identificación entre patria y libertad la base incuestionable del proceso de construcción de las naciones europeas, incluida, por supuesto, la española. En tercer lugar, en la búsqueda en lugares distintos de las esencias de la patria, de las palancas para su regeneración: en la unidad católica, unos, en un pueblo abstracto y eterno a encontrar en los recovecos de su literatura, su psicología, su lengua, paisajes y paisanajes —castellanos siempre—, los otros. En

cuarto lugar, en su distinta relación con respecto al liberalismo: de oposición abierta, frontal, los primeros; de una radical ambigüedad, los segundos, ya que si no se experimentaba un distanciamiento explícito de aquél, sí que se minaban algunas de sus bases; la crítica a las deficiencias del parlamentarismo español conducía con frecuencia a la del parlamentarismo *tout court*, la percepción de la degeneración de la patria podría remitir a la del pueblo mismo; y de ahí podía pasarse sin solución de continuidad al desprecio de la democracia, por no hablar del socialismo⁶.

En resumen, sería antiliberal el primero pero con una matriz preliberal, la de los enemigos «clásicos» del liberalismo, por más que ahora se asumiera la nación y la modernización económica capitalista; y ambiguo el segundo, susceptible por tanto de permanecer en marcos liberales y aun democráticos y de asumir una deriva antiliberal, si bien se trataría ya de un antiliberalismo postliberal. Estaríamos hablando, en un caso, de la corriente que va de Menéndez y Pelayo al «segundo» Maeztu; y, en el otro, de los Unamuno, Azorín, Baroja y el «primer» Maeztu. No puede decirse, desde luego, que todos ellos asumieran posteriormente una deriva explícitamente antiliberal pero sí que, de algún modo y en su conjunto, se habían puesto las bases de lo que en un momento dado, y al margen o no de ellos, podría ser un nacionalismo antiliberal-postliberal, cual sería el fascismo. Circunstancia que es perfectamente aplicable a un Ortega que no rompió nunca los lazos con la influencia barresiana, cuyas distintas actitudes políticas aparecieron siempre mediadas por la obsesión nacional, cuya crítica de la modernidad se hacía desde el supuesto de un enigmático futuro más que de un pasado *ancien régime* y cuyo europeísmo y concepción voluntarista de la nación podrían tomar diversas direcciones⁷.

⁶ Cfr. JULIÁ, S.: *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004, pp. 59-102. También, SAZ, I.: «Regeneracionismos y nuevos nacionalismos. El caso español en una perspectiva europea», en BURDIÉL, I., y CHURCH, T.: *Viejos y nuevos imperios*, Valencia, Episteme, 1999, pp. 135-156.

⁷ Para la influencia barresiana, CACHO VIU, V.: *Los intelectuales y la política. Perfil público de Ortega y Gasset*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, pp. 48-49 y 80-81, y VARELA, J.: *La novela de España. Los intelectuales y el problema español*, Madrid, Taurus, pp. 217-218; para la permanente voluntad nacionalizadora, *ibid.* Para la inquietante crítica a la modernidad vale la pena reproducir el siguiente párrafo: «Si ciertos pueblos —Francia, Inglaterra— han fructificado plenamente en la Edad Moderna fue, sin duda, porque en su carácter residía una perfecta afinidad con los principios y pro-

Debe subrayarse, aun a riesgo de parecer redundantes, que estamos hablando de los orígenes culturales de los nacionalismos antiliberales españoles, lo que vale tanto para las continuidades como para las discontinuidades. Continuidades, porque ni el fascismo español ni Acción Española serían inteligibles prescindiendo de estas culturas. Así, cuando años más tarde, estos últimos remitieron constantemente a Menéndez y Pelayo lo harían plenamente conscientes de cuanto le debían; y así, cuando los falangistas se definieron como nietos e hijos, eso sí, rebeldes, de la generación del 98 y Ortega respectivamente, no estarían adoptando poses de modernidad o pátinas liberales sino, simplemente, reconociendo tales deudas. Pero discontinuidades también, porque ni el 98 ni Ortega conducen necesariamente a Falange —de hecho, sus planteamientos podrían ser también «nutrientes» de culturas democráticas y republicanas—, ni podemos hablar todavía de culturas políticas nacionalcatólicas y fascistas o prefascistas. La indefinición política y la transversalidad extrema de la corriente nacionalcatólica la hacían todavía compatible en muchos casos con el liberalismo conservador de la Restauración; y aún faltaba mucho para que el nacionalismo postliberal de fuerte contenido populista abrigara corrientes nítida y frontalmente antiliberales.

De hecho, estas continuidades y discontinuidades podrían formularse también en lo que a la perspectiva comparada se refiere. El fascismo es, como se sabe, un fenómeno de la primera posguerra, por más que pudiese conectar con corrientes de pensamiento similares a las aquí comentadas —por supuesto, más con las corrientes del nacionalismo populista, palíngenesico, omnicompreensivo y postliberal—. En lo que respecta al nacionalismo reaccionario, el del trono y el altar, reformulado y racionalizado en sus diversas manifestaciones específicas —la Acción Francesa de Maurras, el Integralismo Lusitano o la Asociación Nacionalista italiana—, éste se materializó políticamente

blemas “modernos”. En efecto: racionalismo, democratismo, mecanicismo, capitalismo, que mirados por el envés son los temas y tendencias universales de la Edad Moderna, son, mirados por el reverso, propensiones específicas de Francia, Inglaterra y, en parte, de Alemania. No lo han sido, en cambio, de España. Mas hoy parece que aquellos principios ideológicos y prácticos comienzan a perder su vigor de excitantes vitales, tal vez porque se ha sacado de ellos cuanto podían dar. Traerá esto consigo, irremediablemente, una depresión en la potencialidad de las grandes naciones, y los pueblos menores pueden aprovechar la coyuntura para instaurar su vida según la íntima pauta de su carácter y apetitos». ORTEGA Y GASSET, J.: *España invertebrada. Bosquejo de algunos pensamientos históricos*, Madrid, Austral, 1999, pp. 130-131.

en relación muy estrecha —y como reacción más directa— a los avances inequívocos en dirección democrática en sus respectivos países, algo que aún no se había alcanzado en el mismo grado en España y otros países, como Alemania, por ejemplo.

La configuración de las culturas políticas del nacionalismo antiliberal durante la Segunda República

Fue, en efecto, con la Segunda República cuando se materializó el desafío de la democracia y el socialismo, algo que tanto para nacionalcatólicos como para fascistas significaría el último peldaño en el proceso de disolución, de caída, de la patria. Fue entonces, también, cuando se configuraron como tales las dos culturas políticas del nacionalismo antiliberal español. Pocos problemas hay a la hora de caracterizar como tal a la fascista, la que tomaría cuerpo esencialmente en Falange Española de las JONS. En sus diversas permutaciones —las que podrían ir de Ramiro Ledesma a Giménez Caballero y Sánchez Mazas, de Onésimo Redondo a Primo de Rivera—, el fascismo español respondió a una ideología ultranacionalista, palíngenesica y populista, con unos componentes míticos, unas prácticas y unos códigos simbólicos que permiten considerarlo como una cultura política y, también, como una religión política⁸. Bien definido estaba igualmente el proyecto político: un Estado totalitario, con un partido totalitario que habría de ser con sus organizaciones dependientes —las sindicales, especialmente— el eje de la vida política, además del gran instrumento de movilización y participación —jerarquizada y controlada, pero participación política al fin y al cabo— de los ciudadanos.

Como proyecto de revolución nacional, el fascismo español se nutrió especialmente de una de las culturas del nacionalismo español, la secular de matriz postliberal, la del 98 y Ortega. Lo hizo, desde luego, desde la perspectiva de la decadencia y la agonía de la nación y lo hizo, como había hecho todo nacionalismo español antes que ellos, negando el propio nacionalismo. Tampoco buscaron en ningún tipo

⁸ SAZ, I.: «Religión política y religión católica en el fascismo español», en BOYD, C. (ed.): *Religión y política en la España contemporánea*, Madrid, CEPYC, 2007, pp. 33-55. Sobre el concepto de religión política, BOX, Z.: «La tesis de la religión política y sus críticos: aproximación a un debate actual», *Ayer*, 62 (2006), pp. 195-230.

de esencialidad católica la gran palanca para el resurgimiento nacional. Era el pueblo, el pueblo eterno de la España igualmente eterna, el depositario de todas las fuerzas de la nación. En este sentido recogieron toda la esencialidad castellanista de los hombres del 98: la de la lengua, la del paisaje y la del paisanaje. Pero también eran conscientes —Primo de Rivera en esto especialmente— de la pluralidad cultural de los pueblos de España y, en este punto, el legado de Ortega en el sentido de la nación como empresa y proyecto, pudo ser recogido para ser proyectado en la «unidad de destino en lo universal» y la «voluntad de Imperio». Por supuesto, en todos y cada uno de estos aspectos, los fascistas españoles radicalizaron y llevaron al extremo todo cuanto recogieron de sus «padres» y «abuelos». Éstos habrían sido —tal era el reproche que les hacían— incoherentes e incapaces de romper con el liberalismo y, lo que es más, naturalmente, de concebir siquiera un Estado totalitario.

Hay otro aspecto del ultranacionalismo falangista que interesa retener aquí. Es el relativo a su crítica al nacionalismo. Éste se concebía con bases románticas o rousseauianas y, en este caso, se inscribiría dentro de parámetros democráticos o separatistas; pero podía ser también el nacionalismo de Acción Española al que consideraban reaccionario, de andar por casa e incapaz, por tanto, de concebir empresa exterior alguna.

Es precisamente este nacionalismo, el de Acción Española, el que, a primera vista, parece más difícil de caracterizar por diversas razones. La primera de ellas es de ámbito general y remite a las experiencias europeas semejantes, a la de Acción Francesa de Maurras especialmente. Como es sabido, las viejas tesis de Nolte que presentaban esta formación como una de las «caras» del fascismo —el fascismo italiano y el nacionalsocialismo habrían sido las otras dos— encontraron un mínimo eco entre los historiadores⁹. Pero, a partir de ahí, podría decirse que el tema del nacionalismo reaccionario entró en una especie de limbo historiográfico. Si no era fascismo, ¿qué era? Y, sobre todo, ¿qué relación había entre las distintas manifestaciones nacionales de ese nacionalismo reaccionario? ¿Podría hablarse de un fenómeno europeo general? Las respuestas son múltiples y no es el objeto de este trabajo ocuparse de ellas. Aunque no deja de ser significativo que dispongamos de múltiples trabajos sobre el fascismo

⁹ NOLTE, E.: *El fascismo en su época*, Barcelona, Península, 1967.

«genérico» pero no así sobre ese nacionalismo desde esa dimensión «genérica»¹⁰.

Sin embargo, es precisamente ese fenómeno, en mayor medida incluso que el fascismo, el que caracteriza a un sector fundamental de la derecha antiliberal europea en la primera mitad del siglo XX. Baste pensar, además de Acción Francesa, en el Integralismo Lusitano o la Asociación Nacionalista Italiana. Pero también, desde otra perspectiva, en ese gran referente —mayor muchas veces que el fascista— que constituyó la dictadura del Portugal salazarista para otras dictaduras como en el caso de España, la Francia de Vichy o la Grecia de Metaxas¹¹.

Hay una ulterior razón para explicar esta sustancial carencia historiográfica. Ésta es la propensión de las distintas historiografías para presentar el propio nacionalismo reaccionario como una experiencia específica de su propio país y, por tanto, no dependiente o derivada del nacionalismo francés. Por supuesto, las diferencias entre unos y otros no son despreciables¹². Pero la cuestión es distinta si prescindimos de la fijación obsesiva de hacer de Maurras una especie de Marx del nacionalismo reaccionario, así como de la de si se deben otorgar o no derechos absolutos de primogenitura a Acción Francesa y, desde luego, de intentar localizar una especie de internacional de los nacionalistas con sus estructuras, filiaciones y relaciones orgánicas. Si prescindimos de estos enfoques —que en el fondo no dejan de ser del *todo* o *nada*— no será difícil localizar los trazos fundamentales de un nacionalismo reaccionario «genérico», de una familia política nacionalista, de una cultura política que rechazaba toda la evolución polí-

¹⁰ De hecho, incluso las acotaciones más sugerentes desde esta perspectiva «genérica» aparecen casi siempre subsumidas en estudios más generales sobre el fascismo. Véase a título de ejemplo, PAYNE, S. G.: *Historia del fascismo*, Barcelona, Planeta, 1995, pp. 24 y ss.

¹¹ Cfr. COSTA PINTO, A.: *Salazar's Dictatorship and European Fascism*, Nueva Cork, Social Science Monographs, 1995, pp. 204-208. Por supuesto, no se trata de apuntar aquí ningún tipo de relación única entre los distintos partidos nacionalistas y las dictaduras respectivas pero sí de señalar que la fijación —por lo demás necesaria— en su relación con el fascismo termina por ocluir otras perspectivas comparativas probablemente más fecundas.

¹² Puede verse a título de ejemplo, para lo relativo a los casos francés e italiano, MILZA, P.: «Le nationalisme italien vu par l'Action française», y GRANGE, D. J.: «Le nationalisme française vu d'Italie avant 1914», ambos en DECLEVA, E., y MILZA, P. (eds.): *Italia e Francia: i nazionalismi a confronto*, Milán, ISPI, 1993, pp. 56-71 y 101-112, respectivamente.

tica desde la Revolución Francesa; que aceptaba la modernización económica; que contemplaba una solución a los problemas de la modernidad basada en la actualización de las instituciones del Antiguo Régimen: monarquía, religión, corporaciones y, en su caso, regiones; que postulaba cauces de participación exclusivamente orgánico-corporativos no partidistas; cuyos puntos de referencia eran las élites —y no las masas— económicas, sociales, eclesiásticas, militares y culturales; y que hacía de la apelación al Ejército un elemento fuerte de su actuación política. Una cultura política construida, en suma, sobre algunas de las bases del pensamiento reaccionario decimonónico, sólo que desde una perspectiva más coherente, racionalizada y modernizada, aquella que, entre otras cosas, le permitiría apropiarse —o intentarlo— de ese pilar fundamental de la modernidad que era la nación.

Todos estos aspectos se hallan en Acción Española. Es cierto que había diferencias importantes con el caso francés o que no todos en España —aunque sí muchos— asumían *todos* los planteamientos de Maurras¹³. En este sentido, muchos de los nacionalistas españoles no compartían —o decían no compartir— el positivismo maurrasiano para remitirse a la providencia u otro tipo de valores. Pero no debe ignorarse lo que había de racionalización, y racionalización política, en el tránsito de muchos de ellos desde posiciones próximas al liberalismo conservador de un relativo laicismo al esencialismo antiliberal y católico. No puede olvidarse tampoco el peso de la condena del Vaticano a Maurras, algo que difícilmente encajaba bien con el esencialismo nacionalcatólico y que, en el marco político de la España republicana, podía hacerles especialmente vulnerables frente a sus rivales católicos, los del área de la CEDA en particular. Algo parecido habría que decir respecto de las retóricas protestas de no nacionalismo de algunos de ellos, circunstancia que no fue óbice para que la propia revista *Acción Española* se autodefiniera como nacionalista y valedora de un nacionalismo integral¹⁴.

¹³ Véanse al respecto GÓNZALEZ CUEVAS, P. C.: *Acción Española. Teología política y nacionalismo autoritario en España (1913-1936)*, Madrid, Tecnos, 1998, pp. 78-96, y *La tradición bloqueada*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002, pp. 158-166.

¹⁴ Que en este punto Acción Española tuviera que asumir una postura defensiva se pone claramente de manifiesto en el mismo artículo en el que se reivindicaba su nacionalismo integral: «Para reforzar nuestro patriotismo buscamos ejemplos en nuestro pasado y en los otros países donde mejor pueden aprovecharnos. No vemos

Vistas las cosas desde esta perspectiva podría hablarse ya en la Segunda República de una cultura política, la del nacionalismo reaccionario español o nacionalcatolicismo, que hacía de la religión y la Monarquía —ésta era su *politique d'abord*, aunque no se dijera así—¹⁵ el núcleo de su acción, que recogía la tradición menéndezpelayiana ahora claramente radicalizada en una dimensión absolutamente antiliberal. Menos transversal que la cultura de este nacionalismo español —ya no había ambigüedad alguna desde la perspectiva recién mencionada—, sí lo era en el sentido de la transversalidad de las culturas políticas. Es decir, atravesaba o llegaba, en diversa medida, a varias formaciones políticas: a Renovación Española, por supuesto, pero también al tradicionalismo —recuérdese a Víctor Pradera, por ejemplo— y, en menor medida, a sectores de la CEDA y aun de Falange —Eugenio Montes sería aquí una de las primeras referencias—.

Más aún, el estudio del nacionalcatolicismo español como una cultura política —en el plano de los discursos y las prácticas— permitiría ir más lejos a la hora de captar la indudable trascendencia política de Acción Española, mucho mayor que la de una revista o sociedad cultural y capaz, por tanto, de permeabilizar a buena parte de las elites económicas, sociales, culturales, eclesiásticas o militares, las cuales eran, por lo demás, su foco de atención por antonomasia.

Permite, en fin, explicar su incidencia en los primeros años del régimen franquista tanto como su continuidad —la de esa cultura política, con todas las permutaciones que se quiera—, cuando Acción Española ya no existía como tal y se empezaba a hablar como referente del Opus Dei o los tecnócratas. En este sentido, la renuncia a la búsqueda sistemática de filiaciones *fuertes* o continuidades *orgánicas* para fijar la atención en los discursos y las prácticas simbólicas o, si se prefiere, en las representaciones del mundo, las lecturas del pasado y las proyecciones de futuro, nos permitiría captar lo que hubo de continuidades —y de cambios— en una cultura política que, como todas, debe observarse desde la perspectiva del largo periodo¹⁶. Nos permi-

razón para exceptuar a Francia». «Nuestro Nacionalismo», *Acción Española*, 35 (16 de agosto de 1933). Este artículo fue reproducido en *Antología, Acción Española*, 89 (marzo de 1937).

¹⁵ Baste recordar la participación de este grupo en todas las conspiraciones contra la República, desde el primer momento y en nombre, siempre, de la Monarquía.

¹⁶ Nuestra acepción del concepto de cultura política tiene un punto de eclecticismo. Asumimos, así, la noción de Baker de la cultura política como «conjunto de dis-

tiría también enfrentar esa, en apariencia, extraña circunstancia de que una *sociedad cultural*, como era Acción Española, contribuyese decisivamente a configurar una realidad política, o que una batalla cultural librada bastante tiempo después fuera a tener efectos políticos no menos fuertes.

Dos culturas políticas y una síntesis frustrada

La unificación política de abril de 1937, la de falangistas y tradicionalistas, intentó constituir también una unificación ideológica de la España nacionalista. Así, la «nueva entidad política», FET de las JONS, a la que fue explícitamente invitada Acción Española —sobre el papel, sólo una sociedad cultural—, adoptaba los ya 26 puntos de Falange; pero desde una percepción de la historia de España y del nuevo Movimiento unificado que, tal como se podía apreciar en el discurso de la Unificación, parecía diluir la aportación falangista a simple «atmósfera intelectual», «propagandas recientes», «estilo nuevo» y «formas nuevas, vigorosas y heroicas». Tal fue la síntesis —de fascismo y tradición, de totalitarismo y catolicismo, de las sustancias viejas y las formas nuevas— que de algún modo marcó el camino por el que había de transitar la dictadura franquista y, en este sentido, podría considerarse exitosa.

Pero como intento de síntesis de las dos culturas políticas del nacionalismo antiliberal español resultaría tan fallida como la propia unificación política; algo que en última instancia demostraría la importancia de la diversidad de los orígenes culturales de ambos alia-

cursos, o prácticas simbólicas», pero sólo como el eje central, aunque no único, en la configuración de las mismas. En este sentido, lo que pueda haber de determinismo lingüístico en esta caracterización podría superarse con la más amplia —aunque metodológicamente más indiferenciada— de Sirinelli: «Una cultura política es un conjunto de representaciones que configura un grupo humano en el plano político, es decir, una visión del mundo compartida, una común lectura del pasado, una proyección en el futuro vivida conjuntamente. Y que toma cuerpo, en el combate político cotidiano, en la aspiración a una u otra forma de régimen político y de organización socioeconómica, al mismo tiempo que sobre normas, creencias y valores compartidos». BAKER, K. M.: «El concepto de cultura política en la reciente historiografía sobre la Revolución francesa», *Ayer*, 62 (2006), pp. 89-100; SIRINELLI, J. F.: «Éloge de la complexité», en RIOUX, J. P., y SIRINELLI, J. F. (dirs.): *Pour une histoire culturelle*, París, Seuil, 1997, pp. 433-442.

dos-enemigos. Así, mientras los falangistas acentuaban su discurso revolucionario y totalitario, sus aliados-rivales hacían lo propio en cuanto a los acentos nacionalcatólicos. Todos fascistas y todos católicos, todos totalitarios y todos tradicionalistas, cierto; pero, en la práctica, unos y otros no hacían sino intentar apropiarse, para reconducirlo en la dirección interesada, del discurso ajeno. Y, si en *Arriba* se rendía homenaje a la tradición española para advertir enseguida de los riesgos de que se introdujera a través de ella «mercancía de contrabando», Pemartín y los suyos se apropiaban del fascismo, pero para presentarlo como un remedo de la España católica e imperial del siglo XVI¹⁷.

No tiene nada de extraño que todo esto se produjese en el marco de tensiones políticas internas que irían a desembocar en la fallida ofensiva falangista de mayo de 1941, como tampoco lo es que, tras ésta, tuviera lugar un importante debate en el que las dos culturas se enfrentaron abiertamente, aunque eso sí, en el único marco en que este tipo de enfrentamientos podían darse bajo la dictadura: en relación con problemas de una implicación política no directa, pero en los que aparecían perfectamente imbricadas las dos construcciones. La crisis de 1941 se había resuelto, recordemos, con una especie de pacto tácito que, desplazando a los sectores más radicales de Falange, había permitido una mayor presencia de FET de las JONS en las instituciones. Una especie de pacto por el que habría más Falange a cambio de que ésta fuera menos fascista: más ortodoxa —católica— y menos extranjerizante —fascista—. En este sentido, se habría producido, en general y en el seno mismo del partido único, un desplazamiento de la síntesis de 1937 hacia su vertiente nacionalcatólica en detrimento de la específicamente fascista.

Pues bien, a principios de 1942 tuvo lugar un feroz debate acerca de la pertinencia o no de definir como *cruzada* la Guerra Civil. El punto de partida lo constituyó una nota de Dionisio Ridruejo en la que mostraba sus discrepancias con dicha definición. No se trata, por supuesto, de reproducir ahora tal querrela¹⁸ pero sí de constatar cuánta

¹⁷ «La tradición en la Falange», *Arriba*, 9 de marzo de 1941. PEMARTÍN, J.: *Qué es «lo nuevo»*. *Consideraciones sobre el momento español presente*, Sevilla, Tip. Álvarez y Zambrano, 1937, pp. 47 y ss. Muy significativamente, la reedición de este libro en 1939 intentó prohibirse desde el Ministerio del Interior, cuando el mismo Pemartín ostentaba por entonces un alto cargo en el Ministerio de Educación.

¹⁸ SAZ, I.: *España contra España*, Madrid, Marcial Pons, 2002, pp. 320-337.

les fueron las principales líneas de confrontación. La de cruzada en sí era lógicamente la fundamental, y aquí chocaba la lógica culturalmente exterminadora del esencialismo nacionalcatólico con el pretendido carácter de síntesis a la vez postliberal y antiliberal que quería asumir el fascismo. Pero de ahí se pasó, y no por casualidad, a un ataque frontal y en toda regla contra el noventayochismo, es decir, contra quien se suponía podía identificarse con los falangistas revolucionarios.

Finalmente, al socaire de la triunfal visita de Franco a Barcelona en enero de 1942, irrumpió la problemática «regionalista» para arremeter desde una perspectiva por completo austriacista contra el Madrid centralista, que sería tanto como decir, para ellos, el Madrid cosmopolita, revolucionario y jacobino¹⁹. Pero dado que de todo esto ya no había nada, ese Madrid no era otro que el Madrid de los falangistas revolucionarios, de los «caídos de mayo». Era, una vez más, el carácter secular de los orígenes culturales del fascismo español el que se quería borrar de una vez por todas. Así fue al menos en lo referente a la aceptación *oficial*, y desde entonces incuestionable, del término *cruzada* con todas sus resonancias nacionalcatólicas.

Porque del resto, tras la inevitable puesta en sordina con que finalizaban estas guerras o guerrillas en el franquismo, no se volvió a discutir —o no al menos de una forma tan expresa y virulenta— hasta unos años más tarde. Los sucesos de Begoña de agosto de 1942, con la salida definitiva de Serrano Suñer, vendrían a confirmar, no obstante, quién estaba ganando la partida también en el plano político más concreto.

La última batalla abierta o sobre el ser de España

De la crisis de 1941-1942, Falange había salido, en resumen, más «católica» y «española» que nunca, pero no más débil desde el punto de vista organizativo e institucional. La ofensiva monárquica de 1943 volvió a mostrar su importancia desde el punto de vista del contrape-

¹⁹ El fervor «regionalista» del diario *Arriba* llegaba al extremo de conceder mimbres de primogenitura en la concepción de la unidad de España a Cataluña —«la idea de la unidad política de España se concibe mejor, en la Edad Media, de cara al Mediterráneo...»— para contraponerle el centralismo del «mito-ciudad» o el «mito-región» que había querido hacer de Madrid el eje de la vida nacional. «España no es sólo Madrid», *Arriba*, 27 de enero de 1942.

so a quienes querían forzar una dimisión de Franco a favor de la Monarquía. La legitimación absolutamente católica con la que el régimen encaró la tormenta que supuso el fin de la Segunda Guerra Mundial «catolizó» ulteriormente a una Falange que entre tanto hubo de asumir su propio «oscurecimiento»²⁰. El cierre de filas de todos los hombres del régimen por su supervivencia aparcó, al final, cualquier asomo de debate abierto o querrela pública.

Pero todo esto no supuso la desaparición como por ensalmo de dos culturas políticas diferenciadas en aras de una supuesta síntesis que nunca llegó a verificarse por completo. En este sentido, la abrupta, pública y frecuentemente feroz polémica que estalló a partir de 1948 venía a demostrar la vigencia de ambas culturas políticas. Ello fue así hasta el punto de que nada resulta comprensible si prescindimos de este punto de vista. Porque lo que tuvo lugar, en efecto, fue un enfrentamiento en el que se articularon todos los planos y niveles de las culturas del nacionalismo español allá por las décadas interseculares, los de la etapa de configuración de las dos culturas políticas anti-liberales del nacionalismo español y los de su primer enfrentamiento abierto de los primeros años de la década de los cuarenta.

En efecto, tan pronto se aseguró la supervivencia del régimen, allá por 1948, Falange empezó a surgir de su oscurecimiento previo, hasta el punto de que bien puede hablarse de una nueva *primavera* falangista. El hecho de que se volviera a nombrar un secretario general del Movimiento —Fernández Cuesta— acredita esta circunstancia, al tiempo que pone de manifiesto el inicio de un proceso de movilización general de una cultura política que cobraría nuevos impulsos con la elevación a ministro del citado secretario general o el coetáneo «renacimiento seuista»²¹. Desde esta perspectiva también cabe interpretar la recuperación por nuevas revistas del SEU o próximas a él, del viejo lenguaje falangista y revolucionario —*Alfárez, La Hora, Alcalá, Laye, Cuadernos Hispanoamericanos*—. Un lenguaje que era *por supuesto* católico —aunque de un catolicismo que se decía abierto—, pero que era también orteguiano.

El gran referente intelectual de esta primavera falangista fue Laín Entralgo, el mismo que acometería la tarea de reconstruir en sentido

²⁰ THOMÁS, J. M.^a: *La Falange de Franco. El proyecto fascista del régimen*, Barcelona, Plaza y Janés, 2001, pp. 353 y ss.

²¹ RUIZ CARNICER, M. A.: *El Sindicato Español Universitario (SEU), 1939-1965*, Madrid, Siglo XXI, 1996, pp. 245 y ss.

falangista la historia de España y su cultura en los siglos XIX y XX. De eso trataba *España como problema*²². En última instancia, lo que planteaba el intelectual falangista era que aún no se había producido la gran síntesis que permitiera a los españoles identificarse con su país superando todas las viejas fracturas. Esto es lo que quedaba de la vieja pretensión fascista de asumir, en tanto que antiliberalismo postliberal, todo lo que de aprovechable había, a tales fines, en la cultura española; y, por supuesto, en clave nacionalista —la cual, naturalmente, volvía a ser explícitamente negada—. El gran problema de España era, en efecto, que nunca se había superado la fractura entre los progresistas decimonónicos que no habían sabido ser «históricamente españoles» y los tradicionalistas, que no habían sabido ser «históricamente oportunos». Ésta era la fractura que habría que superar para que España dejara de ser un problema; aquella que superara las tensiones entre lo tradicional y lo moderno, lo católico y lo nacional, la esencialidad española y la modernidad universal.

Todo un ejercicio de prestidigitación, no sólo porque negaba españolismo a quienes realmente habían construido la nación —los liberales—, sino porque, además, emprendía una reconstrucción de las culturas del nacionalismo español que no podía sino conducir a la síntesis falangista. Así, Menéndez y Pelayo aparecía mucho más abierto a las opiniones ajenas, a Europa y al futuro de cómo habitualmente se le presentaba, además de haber sido el primero en intentar sobreponerse a las mixtificaciones progresistas y reaccionarias. La generación del 98, por su parte, desde la voluntad regeneracionista de «iniciar palingenésicamente la nueva etapa de la vida inmortal de España», habría tenido el mérito inigualable de inventar, de construir el mito de España y habría sido, ella misma, menos casticista y más optimista y «futurista» de cuanto sus críticos le habían reconocido. Y si Unamuno y sus compañeros eran menos casticistas, el gran constructor de la noción proyectiva de España, Ortega, habría sido finalmente más «casticista» y experimentado, incluso una suerte de «conversión hacia el 98».

Todo cuadraba, pues, para llevar las aguas de todos los molinos —de todas las culturas— a la cultura política falangista que sería, al parecer, la única capaz de lograr una auténtica integración nacional

²² LAÍN ENTRALGO, P.: *España como problema*, Madrid, Seminario de Problemas Hispanoamericanos, 1949.

en una España cuya esencia radicaría, decía Laín, en su unidad y libertad, en el sentido católico y en una serie de hábitos entre los que el idioma sería central.

Desde luego, no había asomo aquí de perspectiva plural alguna de esa España «soñada». Una perspectiva unitarista que reafirmaría explícitamente uno de los más próximos correligionarios de Laín, Antonio Tovar. El cual, en la misma línea reivindicativa de la actualidad del «otro» Menéndez y Pelayo, no dudaba en arrojar al desván de lo definitivamente superado las ideas sobre las regiones del montañés, incluso en el terreno de la pluralidad lingüística y la creación literaria. Se empieza, decía, por la poesía en las «lenguas vernáculas» y se termina anidando el espíritu de la disgregación política. Añadía una advertencia cuya carga política es difícilmente sobrevalorable: el peligro regionalista reaparecía cuando en Madrid se instalaban las políticas sin horizonte, «de ir tirando». Es decir, cuando no había en la capital proyecto político eficaz. Y éste, claro es, no es difícil de imaginar, sólo podía ser el falangista²³.

Revolución, pues, frente a regionalismo y todo ello en el marco de un intento de absorción de todas las culturas del nacionalismo español por la propia, por la falangista. No es de extrañar entonces que las líneas de argumentación de quienes se identificaban con la cultura rival fueran antagónicas. Porque, para éstos, sí había culturas diferentes y como una de ellas se habría impuesto, y por completo, no habría ya lugar para nuevas síntesis, ni problema de España, ni revolución pendiente alguna; aunque sí existiesen problemas, exigencias del desarrollo político y económico y realidades regionales que había que asumir y potenciar. Frente a la revolución —falangista—, podría decirse, la región —nacionalcatólica, claro—.

Tal era, en efecto, la posición de un amplio abanico de personajes entre los que eran reconocibles antiguos miembros de Acción Española, tradicionalistas u hombres más jóvenes como muchos de los reunidos en torno a las revistas *Arbor* y *Ateneo*, con Calvo Serer y Florentino Pérez Embid como principales referentes. Para éstos, no había más España que la que se había impuesto por las armas en la *cruzada*, la cual había zanjado para siempre el problema de España. Se había aplastado la hidra liberal y la búsqueda de nuevas síntesis

²³ En MENÉNDEZ Y PELAYO, M.: *La conciencia española*, recopilación de Antonio Tovar, Madrid, EPESA, 1948, pp. XLVII-XLVIII.

sólo podría conducir a reabrir las viejas fracturas y enfrentamientos civiles. Pero no habían ganado todos, porque si la Guerra Civil había zanjado el problema por la vía de las armas, ése era un problema que en el plano del pensamiento había solucionado ya un Menéndez y Pelayo que se presentaba en abierta oposición al pesimismo noventa-yochista, tanto como a la pertinaz obsesión falangista de darle vueltas al pasado. Desde luego, los Unamuno y Ortega formaban parte de aquella España afortunadamente desaparecida como se encargarían de recordar, por otra parte, las andanadas que contra los citados se dirigían desde distintos sectores eclesiásticos²⁴. En suma, la suya era una cultura política que había triunfado y cuya victoria había que mantener.

Por supuesto, esto no excluía la existencia de problemas concretos en la España de la época y, mucho menos, quería negar la necesidad de un determinado desarrollo político. Sólo que éste volvía a ser antagónico del deseado por los falangistas. Había, ciertamente, que culminar la resurrección de España con la restauración de la Monarquía y de una Monarquía «tradicional, hereditaria, antiparlamentaria y descentralizada» —todo un programa estrictamente maurrasiano—; y había que fomentar el desarrollo económico. Todo esto es lo que se expresaba en la feliz frase de Pérez Embid de «españolización de los fines y europeización de los medios», que era tanto como decir reacción política y desarrollo económico.

Dentro de esta perspectiva, la descentralización, la cuestión regional, no era en absoluto una mera floritura. Formaba parte del pensamiento tradicional español y, en particular, del de Menéndez y Pelayo —también en esto, se encargaba de subrayar explícitamente Calvo Serer, plenamente vigente—. La experiencia de 1942, con la mitificada visita de Franco a Cataluña, había mostrado todo el potencial político de la cuestión. Ahora el problema se retomaba sin ambages en una auténtica ofensiva contra la «supervaloración de lo castellano», tanto como contra la minusvaloración del papel de Cataluña y Aragón en la construcción de España. Más aún si la unidad española presentaba problemas, éstos serían debidos en buena parte a lo que aquella había tenido de coactivo y a la reiterada voluntad de «sojuzgamiento»

²⁴ MORÁN, G.: *El maestro en el erial. Ortega y Gasset y la cultura en el franquismo*, Barcelona, Tusquets, 1998, pp. 272 y ss., y 474 y ss.; también, FERRARY, A.: *El franquismo: minorías políticas y conflictos ideológicos, 1936-1956*, Pamplona, EUNSA, 1993, pp. 351 y ss.

por parte de Castilla²⁵. Una apuesta regionalista que llegaría incluso a la reivindicación de Prat de la Riva, que se presentaría arropada por una larga tradición de «federalistas» franceses —Le Play, Mistral, Barrès, Maurras— y autores españoles —Balme, Donoso, Menéndez y Pelayo, Vázquez de Mella, Víctor Pradera, José Antonio Primo de Rivera— y en la que, por supuesto, brillaba por su ausencia todo noventayochista u orteguiano²⁶. Ni siquiera faltaba algo de ironía a la hora de mencionar la famosa «unidad de destino en lo universal»²⁷. Por si quedaba algún elemento, en fin, Calvo Serer se encargaría de contraponer al pesimismo castellanista de la «literatura de los problemas de España» el optimismo de las regiones. De todas ellas, empezando por la valenciana y siguiendo por Cataluña y Vasconia²⁸.

Lo sobresaliente del caso —algo sobre lo que la historiografía española no ha reflexionado tal vez suficientemente— es que esta vez los falangistas iban a entrar al trapo para aceptar la pluralidad cultural española, aunque fueran a focalizar el problema esencialmente en Cataluña; donde por otra parte los hombres de *Arbor* habían encontrado, cuanto menos, un excelente aliado, Vicens Vives. Lo hicieron especialmente a través de un Dionisio Ridruejo bien consciente, a diferencia de sus colegas madrileños, de que la cuestión regional y la pluralidad cultural no eran, ni mucho menos, una cuestión resuelta. Partiendo de este supuesto y retomando la noción de la unidad de destino en lo universal, Ridruejo desde Barcelona y la nueva publicación, *Revista*, se lanzaron a una carrera *catalanista* bien secundada por las revistas del SEU —*Alcalá*, por ejemplo, empezó a datarse en Madrid y Barcelona—. Una apertura a la pluralidad española que terminaría por concretarse en iniciativas en absoluto desdeñables, como el encuentro de poesía de Segovia con asistencia de poetas catalanes, el diálogo abierto de Ridruejo con Carles Riba o el saludo del prime-

²⁵ PÉREZ EMBID, F.: «Sobre lo castellano y España», *Arbor*, 35 (noviembre de 1948), pp. 263-276.

²⁶ PÉREZ EMBID, F.: «La función nacional de las regiones españolas», *Arriba*, 17 de febrero de 1951. Se mencionaba también, ya en el plano de la historiografía más reciente, a Menéndez Pidal, José María Jover o Vicente Rodríguez Casado.

²⁷ «Tanto que a la hora de buscar una definición de España, llamada indudablemente a tener gran influencia ideológica, tuvo que recurrirse a hablar —con la gracia y la eficacia de la poesía que construye— de una *unidad de destino* en lo universal». PÉREZ EMBID, F.: «Sobre lo castellano...», *op. cit.*, p. 272.

²⁸ «España es más ancha que Castilla», *ABC*, 23 de abril de 1952.

ro de ellos a Cataluña como «la nación fraterna y necesaria». Avances extraordinarios, y en buena parte impensables, en pleno franquismo pero que venían a demostrar, también, que la cuestión regional no era de ningún modo, en el choque entre las dos culturas políticas, una cuestión marginal o puramente retórica.

Epílogo

La larga confrontación retomada hacia 1948 se había venido extremando hasta alcanzar su cénit con dimensiones específicamente políticas alrededor de 1953. Momento en el que, como es sabido, Calvo Serer decidió airear públicamente, y en el extranjero, las desavenencias políticas internas. Momento también en el que desde el I Congreso Nacional del Movimiento se atacaba explícitamente a Calvo Serer, al tiempo que su secretario general, Fernández Cuesta, llegaba a asumir la necesidad de recuperar *toda* la cultura española, incluyendo en ella a Donoso, Balmes, Menéndez y Pelayo y Maeztu pero también a Ganivet, Unamuno y Tovar e, incluso, a Guillén y Lorca²⁹.

Pero esto era el final de una querrela que había llegado demasiado lejos y que se apagó —o fue apagada— de forma súbita. No es el propósito de este texto profundizar en estas dimensiones políticas ni seguir todas sus implicaciones y consecuencias a lo largo de los años cincuenta. Nuestro objetivo radicaba, tal y como se anota en el título, en subrayar la complejidad de los componentes culturales de los nacionalismos franquistas y, desde esta perspectiva, realizar un seguimiento, algo esquemático ciertamente, del proceso de configuración, interacción y confrontación de dos culturas políticas bien definidas.

En este sentido, hemos intentado poner de manifiesto cómo la amplitud del concepto de culturas políticas permite captar mejor las múltiples dimensiones de las distintas corrientes o familias del pensamiento político. Y ello, en tres sentidos fundamentales. Primero, en lo relativo a la transversalidad, es decir, una perspectiva que permite trascender los elementos puramente organizativos de las distintas familias políticas para observar su difusión o penetración en sectores

²⁹ JULIÁ, S.: *Historias...*, *op. cit.*, pp. 376-396; FERRARY, A.: *El franquismo...*, *op. cit.*, pp. 345 y ss.; TUSELL, J.: *Franco y los católicos*, Madrid, Alianza Editorial, 1984, pp. 320 y ss.

mucho más amplios, que pueden localizarse tanto en fuerzas políticas diversas como en las distintas elites sociales, económicas, militares, eclesiásticas o culturales. Segundo, en lo que al largo periodo se refiere: los cambios y permutaciones en el seno de distintas corrientes son incuestionables —en el nacionalismo reaccionario, el nacionalcatólico y en el fascismo falangista— pero es desde esta perspectiva donde los cambios cobran todo su significado y las permutaciones se hacen inteligibles. Tercero, en la dimensión internacional, y en este sentido puede constatararse tanto la nula excepcionalidad en un marco general europeo —y no exclusivamente francés para el nacionalismo reaccionario o italiano para el ultranacionalismo populista— del caso español como sus aspectos específicos.

No estará de más añadir, por último, tres acotaciones. La primera es que la mayor especificidad española radica, tal vez, en que fue en el régimen franquista donde de modo más claro confluyeron, interactuaron y se enfrentaron de forma más continua y sostenida los dos principales referentes de los nacionalismos antiliberales europeos de la primera mitad del siglo XX, el del nacionalismo reaccionario y el fascista. La segunda viene a incidir en el hecho de que todos esos procesos fueron políticamente decisivos, lo que vendría a subrayar que las culturas políticas no deben tratarse como *acompañantes* culturales de procesos que encuentran en otras estructuras sus mecanismos fundamentales sino como fenómenos independientes, capaces, por sí mismos, de dar sentido e incluso configurar la evolución de los procesos políticos y sociales³⁰.

La tercera remite a la evolución posterior de las culturas políticas del nacionalismo antiliberal y franquista después del periodo cronológico aquí acotado. Nuevas investigaciones desde esta perspectiva arrojarán, sin duda, luz en el futuro. De momento bastará con constatar que, terminada la década de los cincuenta, las dimensiones de la integración cultural y revolucionaria de marca falangista se habían evaporado tanto como las regionalistas de sus adversarios³¹. Seguramente, ambas culturas políticas experimentaron algunas permutaciones —como las apuntadas— aunque mantuvieran al mismo tiem-

³⁰ Cfr. SOMMERS, M.: «¿Qué hay de político o de cultural en la cultura política y en la esfera pública?», *Zona Abierta*, 77/78 (1996-1997), pp. 31-94.

³¹ Como elemento *fuerte* de un proyecto político determinado, se entiende. No entramos aquí, por tanto, en las múltiples dimensiones de la cuestión regional a lo largo de toda la dictadura franquista, que precisan de un tratamiento de conjunto.

po sus dimensiones esenciales, las de los dos nacionalismos antiliberales españoles. Es decir, no desaparecieron ni dejaron de crear *realidad* y realidad *política*; de otro modo sería imposible entender la evolución del régimen en las décadas sucesivas³². Habría que esperar en todo caso a la España democrática para hablar de su declive y eventual desaparición. Pero en este caso deberíamos preguntarnos acerca del modo en que pudieron combinarse, si es que lo hicieron, con otras culturas políticas que utilizaban el lenguaje de la democracia o reutilizar en modo diverso algunos de los nutrientes de las culturas de los nacionalismos españoles que estudiábamos al principio de este texto, cuando todavía no se habían configurado como tales las culturas políticas de los nacionalismos antiliberales³³. Pero ésa es, claro, otra historia.

³² Cfr. SAZ, I.: «Mucho más que crisis políticas: el agotamiento de dos proyectos enfrentados», *Ayer*, 68 (2007), pp. 137-163.

³³ Sobre el declinar y posible combinación de las culturas políticas para dar lugar a nuevos conjuntos, véase BERNSTEIN, S.: «Nature et fonction des cultures politiques», en BERNSTEIN, S. (dir.): *Les cultures politiques en France*, París, Seuil, 1999, pp. 21-26.